

Elogio del "Dilettante"

BALDOMERO Sanín Cano pertenece a cierta clase de escritores que suele desconcertar a críticos e historiadores desvelados por la precisión de las clasificaciones. De ahí las cosas peregrinas que se han dicho y que se siguen escribiendo sobre él. Lo más frecuente es hallar su nombre, en los manuales de literatura hispanoamericana o colombiana, cómodamente situado entre los ensayistas; otras veces, y con no pocas reservas, lo encontramos junto a los críticos o a los periodistas; Samper Ortega lo ha mezclado con los "eruditos antioqueños" . . . Algo semejante ocurre cuando se trata de establecer el "temperamento" del escritor y sus relaciones con el proceso literario colombiano. Se ha escrito mucho de su "humor frío" de pura estirpe anglosajona, de su afición a las brumas del norte y su desdén por la claridad mediterránea, de su afán por lo raro y novedoso, de su modernismo. Lo más notable es que tales opiniones suelen encontrarse, a veces, mezcladas con más agudas observaciones, hasta en escritores tan finos y certeros como Rafael Maya y Max Grillo. Maya se ha referido a la "elegante frialdad" de Sanín Cano "que le quita al estilo cierto calor de humanidad indispensable para que la tarea del análisis resulte operación viva".¹ Grillo, que había dedicado a la obra crítica de Sanín palabras de reconocimiento y encomio,² acabaría por negarle, con la sensibilidad, la capacidad juzgadora. Como era de esperarse, la incompreensión mayor se ha producido entre los coetáneos del escritor, aquéllos jóvenes intelectuales que en los últimos decenios del siglo pasado olvidaban los achaques de la dictadura conservadora y de la guerra civil leyendo versos y representando comedias de oculta intención política en un salón cubierto de panoplias y de pergaminos, de máscaras y de espuelas de gallo, por cuyas paredes estiraba su cuerpo de caucho una

serpiente que arrojaba por la boca, mediante un resorte, chorros dorados de ron...

Según Luis María Mora, miembro fundador y cronista puntual de aquella estafalaria *Gruta Simbólica*, "los escritos de Sanín Cano gozan de un privilegio singular, y es que nadie se los discute, o porque nos parecen muy abstractos los autores que comenta, o porque nadie los conoce, ni los conocerá jamás. A duras penas sabemos por estas latitudes un poco de francés y algo de inglés comercial, y tardaremos mucho todavía antes de que podamos, como Sanín Cano, pasearnos de bracero con los grandes maestros suecos, daneses o noruegos, con los cuales él se trata de tú a tú, en tanto que nosotros los vemos como algo muy lejano en el espacio y en el tiempo, aunque en realidad así no sea".³

"Lo que no se puede poner en duda —admite Mora más adelante— es el grande atractivo personal de Sanín Cano. A José Asunción Silva lo subyugó quizás por la deslumbrante novedad de sus teorías, y Guillermo Valencia, nuestro máximo poeta, siempre lo ha considerado como su maestro, sin seguir sus opiniones políticas."⁴ Y Mora resume luego, malhumorado y tajante, su opinión política y literaria sobre Sanín Cano: "Sanín Cano, que en política parece socialista, vino a ser en Colombia el padre del comunismo literario."⁵ Es decir, para criterios conservadores y tradicionalistas, el extremismo más absoluto y destructor en toda la línea.

En realidad, Sanín Cano está muy lejos de ser un extremista. En el terreno político ha reafirmado más de una vez su concepción liberal de los problemas, sin dejar de percatarse de las transformaciones que las nuevas circunstancias históricas han impuesto a la doctrina. En literatura se ha llamado a sí mismo *dilettante*. La cosa ocurrió en Londres, hace más de treinta años, a la salida de una tertulia en casa de Santiago Pérez Triana y provocada por una impertinencia de Ramiro de Maeztu. Sanín lo ha contado así:

"Solían concurrir allí gentes de variados talentos, artistas, hombres de la prensa y de la política, literatos, profesores, hombres que cultivaban la curiosidad intelectual como otros cultivan tulipanes o bacterias. Se hablaba de todo: la filosofía, las matemáticas, la historia natural, la química, la historia de las literaturas y del pensamiento humano suministraban material fresco y palpitante a los va-

riados interlocutores. Una noche al salir de la tertulia en busca de un auto, dijo Maetzú:

“—Usted es un *dilettante*.

“—Puede ser, observé, se han dado casos.

“—No se duele usted de reconocerlo, insinuó con señales de compasión.

“—No; esa clasificación, que usted tiene por depresiva, pertenece a mi oficio, rectifiqué.

“—¿Qué oficio?, interrogó con tono de voluntaria incertidumbre.

“—Creí que estaba en su colección de nociones prácticas la de que soy periodista, función que consiste en difundir para enseñanza o entretenimiento de las gentes, o solamente para alimentar una curiosidad inepta, el conocimiento de hechos o de ideas propias o ajenas. Careciendo de interés por el suceso diario, he tomado por actividad ordinaria la difusión de ideas o nociones, según mi manera de entenderlas. Las ideas del hombre son pocas; sus nociones se agotan rápidamente cuando tiene el oficio de difundirlas. Estudio con asiduidad y con deleite varias disciplinas a un mismo tiempo, para estar en capacidad de apreciar las ideas y nociones emanadas de la continua investigación y del constante estudio de los especialistas, no para rivalizar con ellos, sino para comunicar a lectores premurosos lo que de otra manera les pasaría inadvertido. Además, al periodista, al escritor cotidiano las matemáticas, la historia natural, la química, le ofrecen la oportunidad de hallar nuevas imágenes, formas no explotadas de expresión, venas sin explorar en las bellas sendas de la poesía.”⁶

Sanín devuelve aquí toda su dignidad, tan cercana al *uomo universale* renacentista, a un término que corre siempre entre nosotros con signo negativo. El *dilettante* para Sanín Cano es el hombre de ancha y universal inquietud que se da a la empresa de despertar análoga inquietud en los otros. Inquieto e inquietador, informado e informante: ¿acaso no es ésta la cifra más completa del periodista? Por eso ha reclamado Sanín una y otra vez para sí, y por encima de otro cualquiera, el título de periodista.⁷ Sólo que en este caso no se trata del repórter cazador de noticias, ni del redactor que las adereza, ni del editorialista que comenta a diario los incidentes de la vida circunstante, sino de aquella forma más literaria del ensayo periodístico que inauguran modernamente Addison y Steele y que

culmina en H. G. Wells y en Julián Huxley, como ha mostrado el escritor colombiano. Este tipo de escritor, aunque amplia y profundamente arraigado en las letras anglosajonas no es exclusivo de ellas. Nació con el Renacimiento y Burckhardt ha querido verlo en Juan Bautista Alberdi. A nuestra América vino en el ejemplo de Feijóo y ha florecido de modo extraordinario. Antes de vivir en Inglaterra y de conocer de cerca la modalidad inglesa de este tipo de ensayismo, ya le había gustado Sanín Cano en su propia América, durante su primera juventud, en Martí y en Rubén Darío, antecesores suyos en la corresponsalía de *La Nación* de Buenos Aires, en Rodó, en Díaz Rodríguez, en Enrique José Varona. Hasta el tono de “elegante frialdad”, finamente escéptico, de cuidadosa precisión metódica, científica, que se pretende tomado de los pensadores ingleses, de Taine o de Renan, le había hallado él, antes de apreciar a esos autores, en los escritos de Varona.

El propio Sanín ha contado cómo, en 1887, a los 26 años de edad —había nacido en Rionegro, Antioquia, el 27 de junio de 1861— y apenas a dos de su llegada a Bogotá, arrojado de su puesto de maestro provinciano en Medellín por la revuelta conservadora, “años, explica él, en que empezaba a rehacer penosamente mi educación literaria y filosófica”, un escritor cubano vinculado estrechamente a la cultura de Colombia, Rafael María Merchán, lo empleó en la formación del índice de su biblioteca. Dicha labor, que en aquel caso trascendía sus límites habituales para realizar una síntesis de cada libro y de cada artículo de posible utilidad polémica para el crítico antillano, puso a Sanín Cano en contacto con las obras y las revistas de Varona. “Era como he dicho —afirma— la época más penosa de mi formación literaria. Salido de los claustros, con un título en mi poder y con una acerba experiencia de profesor y maestro que había durado tres o cuatro años, se me imponía el convencimiento de que no sabía cosa alguna. Necesitaba volver a estudiar, no sin haber desaprendido la mayor parte de lo que hasta allí había creído saber. Necesitaba rectificar nociones falsas adquiridas en las aulas y completar y redondear muchas nociones incompletas cuya permanencia en la mente es todavía más perniciosa que la de las falsas.

“En ese preciso momento llegó a mis manos para mi ventura y deleite la obra de Enrique José Varona. Al lado de sus artículos de revista estaban sus conferencias sobre la filosofía moderna. Recuerdo

con verdadera complacencia la impresión que hicieron en mi ánimo las primeras páginas de éste para mí remoto mentor espiritual. La primera lección derivada de mi contacto con esa inteligencia de selección fué la del respeto a las ideas y a la ciencia. Aprendí en Varona, sin darme cuenta, los primeros rudimentos de la probidad intelectual. No que él lo dijera textualmente pero yo leía entre líneas este consejo: 'importa como paso principal trazar la línea divisoria entre lo que sabemos y lo que ignoramos'... Esta primera enseñanza tuyo para mí un valor reconfortante. Después he descubierto que no siempre es posible trazar esa línea divisoria entre lo sabido y lo por saber, mas el ejercicio constante en esa labor interminable afina la inteligencia, exalta la integridad mental y nos evita innumerables desengaños. En Varona, antes de leer al tozudo autor de la filosofía sintética o evolucionista, tropecé con los fundamentos y sospeché los alcances incalculables de ese método fecundo de investigación. Varona me enseñó el camino. Por entonces yo había menester una fe. El noble espíritu del escritor antillano vino a suministrarme, por lo menos, la fe en el método y en la experiencia. Mi gratitud no tiene límites." ⁸

Al año siguiente —1888— tropezó con Brandes. Como también contaría él más tarde, halló un artículo del crítico danés consagrado a Zola, en una revista alemana. Seducido por el artículo de Brandes le escribió Sanín Cano y desde entonces se mantuvo en contacto epistolar con el autor de *Las grandes corrientes literarias en el siglo XIX*. En 1915 fué Sanín a Copenhague y visitó a Brandes. Las páginas en que el escritor colombiano ha contado esa entrevista ⁹ recuerdan otras del maestro danés en que refiere su visita a Ernesto Renan. ¹⁰

Varona y Brandes constituyen los impulsos iniciales de la obra ensayística y crítica de Sanín Cano, ellos le ayudaron a superar el limitado, aunque brillante impresionismo modernista. De su contacto con Varona nació, según ha confesado él mismo, su escepticismo metódico y su rigor analítico. De Sanín y de cualquiera de sus libros de ensayos podría decirse lo que él escribió sobre *Desde mi belvedere* del pensador cubano: "Libro en apariencia de páginas inconexas, pero de una portentosa unidad emanada de la fuerza espiritual de su autor y del carácter adamantino que sella todas las circunstancias de su vida." En la obra total de Sanín, como en la de Varona,

se imponen y perdurarán los ensayos, antes que los libros de mayor sentido orgánico —la *Psicología* o *Letras colombianas*—, y es que en los primeros se muestra en toda su fuerza el espíritu inquietador, estimulante, por encima de la aparente frialdad y el escepticismo de ambos autores.

Brandes estimuló en Sanín su condición de gran civilizado, su universalidad de visión que a los miopes parece falta de casticismo o de colombianismo. Saliéndoles al paso a ciertos estrechos colonialismos que suelen exacerbarse en las horas de cobardía política, ya Sanín Cano había advertido cómo “es miseria intelectual ésta a que nos condenan los que suponen que los suramericanos tenemos que vivir exclusivamente de España en materia de filosofía y letras. Las gentes nuevas del Nuevo Mundo tienen derecho a toda la vida del pensamiento. No hay falta de patriotismo, ni apostasía de raza en tratar de comprender lo ruso, verbigracia, y de asimilarse uno lo escandinavo. Lo que resulta, no precisamente reprehensible, sino lastimoso con plenitud, es llegar a Francia y no pasar de ahí”.¹¹

De Brandes viene también su concepto de la crítica. Conoció él y sufrió, como Varona, el influjo de Taine, pero lo superó en la misma forma que Brandes. Cuando señala las limitaciones del método taineano¹² coincide con las reservas hechas al mismo por el crítico danés. Como éste cree que la crítica es obra de arte, género literario “a la manera de la novela, la poesía, el cuento, la historia y el drama, con mayores derechos tal vez a la consideración de los estudiosos, porque supone una preparación más amplia y de más conciencia que los demás géneros. A más de su misión de comprender sin pretensiones docentes y de explicar sin querer implantar un pontificado, la crítica se propone en nuestros días buscar a un hombre detrás de cada obra o grupos de obras ejecutadas por un individuo. Se esfuerza por darle un puesto a cada artista en su época, no sin hacer patentes en cuanto sea posible los vínculos que lo enlazan a otros artistas y a otros tiempos. El autor, voluntariamente, o contra sus propósitos, pone todo su ser o una parte muy considerable de su naturaleza sensible o pensante en los productos de su imaginación, y es tarea del crítico buscar al hombre en las páginas que han salido de su mano, en los colores y líneas que ha dispuesto en el lienzo, en las mordeduras que su cincel ha dejado sobre el mármol inerte”.¹³

Estas ideas las repetirá y ampliará después en artículos y comentarios y en su intervención en el debate sobre la crítica sostenido en su biblioteca con Hernando Téllez, Luis Cardoza y Aragón, Daniel Arango y Andrés Holguín.¹⁴ Tomando como pretexto un artículo de Téllez¹⁵ que, en cierto modo, insistía en problemas ya señalados por Sanín en el "Ocaso de la crítica", se reunieron los escritores citados en torno al maestro colombiano para discutir las posibilidades y el alcance de la crítica literaria. Junto a las de sus jóvenes compañeros, las intervenciones de Sanín Cano destacan su precisión y su frescura, la actualidad de su información y, no obstante su peculiar escepticismo, la seguridad y firmeza de sus convicciones. La discusión adquiere unidad de sentido cuando él asienta una definición: "La crítica literaria es la apreciación de las obras de arte verbales conforme a cánones establecidos por el principio de autoridad, por las prescripciones de la psicología o por el gusto de quien ejerce tan escabrosa y complicada labor. Hay por eso varias formas en este género de expresiones de la inteligencia comunicativa.

"La crítica —afirma Sanín— abarca todas las zonas del pensamiento, porque criticar, según lo está evidenciando el origen de la palabra, es fundar, discernir, opinar. La crítica literaria tiene su campo de acción en el análisis de las obras de arte que pertenecen a la literatura. Se insinúa en otros géneros con la voluntad determinada del autor o a pesar suyo. No hay límites precisos. Hay novelas en que la crítica literaria forma parte de su contenido. La crítica invade los campos de la poesía en Horacio, en Boileau y recientemente en un curioso libro de crítica de Karl Shapiro, titulado *Rime*. La novela y la poesía invaden el campo de la crítica, y a veces el crítico se sirve de la forma animada de expresión para hacer sus conceptos más asequibles a la memoria de los probables lectores. La crítica fué considerada, antes de ahora, como ejercicio de corrección o de castigo, según leyes aceptadas por una tradición apoyada en tendencias docentes del espíritu humano.

"Hoy la crítica es más bien un procedimiento de comprensión, de análisis o de explicación, siguiendo los senderos abiertos por los exploradores en el estudio del abstruso mecanismo del pensamiento. Sus temas propios son la obra y la mentalidad del autor o como los delatan su vida y sus producciones en verso o en prosa."

En el debate, Sanín Cano insistió en el carácter de obra de arte de la crítica literaria, en la acción recíproca entre el autor y el medio, en el contenido filosófico de toda crítica y en la incompatibilidad de ésta con cualquier clase de polémica. “Nada es tan contrario a la verdadera crítica literaria —afirmó Sanín— como la polémica en sus varias formas. El polemista cree tener la verdad en su mente y a su alcance. Se esfuerza por hacer llegar al ánimo de sus lectores la convicción de que él está poseído de la verdad, y por lo tanto aprovecha todos los recursos que le ofrece la literatura para deformar el pensamiento ajeno. El crítico no está seguro de poseer la verdad, y no siempre tiene por demostrable que ella existe. En buscarla, como dijo Lessing, hay más placer que en haberla hallado.”

Aquí reaparece el escéptico que rehuye la polémica porque no está seguro de su verdad. En Varona esa actitud estuvo limitada, corregida, por su convicción de la justicia que asistía a la causa de la independencia de Cuba; en Brandes, por su lucha incesante, como recordara Sanín Cano, contra todas las formas de la reacción. En Sanín el escepticismo también tiene sus límites y más que una profunda actitud vital es arma defensiva e instrumento metódico, agua regia que pone a prueba la nobleza de cualquier metal. Con su escepticismo metódico por bordón y compañero puede Sanín correr sin riesgo los más diversos e intrincados caminos a que le lleva su insaciable curiosidad de *dilettante*, sin temor a perderse, como muchos, en la selva oscura de la propaganda contemporánea. Por eso, en medio de la histeria, de la confusión y de la cobardía de nuestro tiempo que asesina por la espalda a dirigentes obreros y niega el derecho de asilo a los poetas, que sostiene a los reyes contra los pueblos en nombre de la “democracia” y pretende acallar el ansia universal de justicia con las sobras de la mesa de Epulón, Sanín Cano clava su “fría” sonrisa escéptica y dice sin pasión la palabra precisa:

“La lucha del mundo contra el comunismo —ha escrito recientemente— es una obsesión del capitalismo un tanto escasa de fundamento. En 1919 y 1922 se dieron leyes los saxoamericanos para defenderse del comunismo y perseguirlo. Fué un fenómeno de regresión política, en cuya duración se cometieron graves injusticias hoy históricamente reconocidas, y no pocas tonterías que ojalá pudieran olvidarse. Ahora ha regresado el pánico infundado con aparien-

cias de venir a quedarse." Y luego añade: "Las trincheras artificiales son ineptas: donde haya un hombre oprimido, sin alimento ni vestido, donde haya una fiera con hambre, el comunismo emerge como un cuerpo liviano puesto en libertad en el fondo del agua: es un fenómeno de gravitación moral. El señor Truman no debe ir a Grecia para evitar la difusión del comunismo. Si constituyen una realidad los ambientes pintados por *Racimos de ira* y *Tobacco Road*, hay todavía campo en el país a que estas novelas se refieren para el desarrollo malsano de las ideas colectivistas. Hay un empleo mejor que darle a la riqueza pública de los Estados Unidos: suprimir esos ambientes, antes que hacer trincheras en Grecia contra el comunismo." 16

Este es Baldomero Sanín Cano, *dilettante*, hombre universal, a quien —aplicándole palabras suyas sobre *Fray Candil*— un hado benigno ha condenado a vivir joven, después de los ochenta años, en medio de la decrepitud circunstante.

JOSÉ ANTONIO PORTUONDO,
The University of Wisconsin,
Madison, Wisconsin.

NOTAS

1. Rafael Maya. *Consideraciones críticas sobre la literatura colombiana*. Bogotá, librería Voluntad, S. A., 1944, pp. 71-73. Según Maya, "Sanín Cano fué el crítico de esa generación [la modernista, que desdeñó la tradición española por la imitación de modelos franceses] y el hombre que mejor asimiló, entre nosotros, el credo estético y filosófico del modernismo. Supo juntar al método riguroso de los críticos franceses, una buena dosis de *humor* británico." En un párrafo anterior afirma que la ideología de Sanín y de los modernistas como Silva, "y, en cierto modo, Valencia, se nutría del individualismo radical de Nietzsche, de la crítica racionalista de Renan, del aristocrático desdén de Mauricio Barrès y del subjetivismo incoercible de poetas como Hoffmanstal y Stefan George".

2. Max Grillo. "La obra de B. Sanín Cano" en *Ensayos y comentarios*. París, Editions "Le Livre Libre", 1927, pp. 311-325. El libro está prologado por Sanín Cano. En el ensayo citado afirma Grillo: "Me atrevo a pensar que la primera grande influencia recibida por la inteligencia de Sanín fué la de Hipólito Taine. Aún conservan sus escritos algo que se parece a la

sobriedad científica de las páginas del autor de tantos libros memorables. En Taine admiró Sanín, sin duda, el método, sin aceptar lo que aquél tenía de sistemático y destinado, en consecuencia, a sufrir revaluaciones. En definitiva han sido los pensadores ingleses los que en mayor grado contribuyeron al desarrollo del temperamento crítico de Sanín. De los españoles antiguos sólo parece haberle impresionado don Francisco de Quevedo."

3. Luis María Mora. *Los contertulios de la Gruta Simbólica*. Biblioteca aldeana de Colombia, núm. 53, Bogotá, Editorial Minerva, 1936, p. 137. Vid. la descripción del abigarrado y pintoresco salón de la Gruta en pp. 42-44. Mora es uno de los sostenedores de la teoría del desprecio de Sanín Cano por todo lo mediterráneo, ignorando sus reiterados y estrechos contactos con la poesía y la crítica de Carducci y, en general, con toda la literatura italiana, desde Dante hasta Marinetti. En una entrevista publicada en *El Tiempo* de Bogotá, el domingo 10 de noviembre de 1946, afirmó Sanín que la obra que mayor impresión había causado en su espíritu juvenil fué *Los novios*, de Manzoni, leída en el original italiano, en 1881, y que su primera publicación fué un comentario a una conocida obra de Mantegazza.

4. *Ob. cit.*, p. 140. Un testimonio elocuente de la acción estimulante, formadora, de Sanín Cano sobre sus contemporáneos se halla en la nota en que el propio Sanín explica cómo mostró a Silva el ritmo de los versos alemanes de Schiller, que Silva no podía leer en aquella lengua, de la *Canción de la campana*, imitado luego por el poeta colombiano en su *Día de difuntos*. Vid. Alberto Miramón. *José Asunción Silva. Ensayo biográfico con documentos inéditos*. Suplemento de la *Revista de las Indias*, núm. 7. Bogotá, Imprenta Nacional, 1937. La nota de Sanín Cano aparece en la p. 113.

5. *Id.*, p. 147.

6. "Las memorias de los otros". *Revista de las Indias*. Segunda época, t. 1, núm. 1. Bogotá, diciembre, 1938, pp. 16-43.

7. Recuérdense sus palabras de agradecimiento en el homenaje de la revista *Nosotros*. "Faltando a mi natural timidez y exagerando un tanto vuestra penetración —dijo entonces—, me atrevo a decir que acaso me hacéis esta manifestación porque habéis descubierto que soy un escritor sin rival. En efecto, no tengo rival entre los poetas porque jamás he escrito versos; no lo tengo entre los novelistas porque, incapaz de mirarme introspectivamente para adjudicarles en seguida mis ideas y sentimientos a personajes imaginativos, no he inventado ni publicado novelas; me ha fascinado la luz de las candilejas, pero, hombre extraño a las grandes emociones y profundamente débil ante las expectativas ansiosas, he preferido contemplar esa luz desde las butacas, no detrás de bastidores, donde se colocan los autores dramáticos y donde la vida late con un ritmo dionisiaco; tampoco tengo rival entre los ensayistas, porque no hay quien pueda decir que conciliara el sueño o prolongara la vigilia leyendo un libro de ensayos que yo haya perpetrado; considero, por último, plausibles todos los sistemas filosóficos, y tengo por ociosa la tarea de crear nuevas explicaciones del entretenido y enrevesado

enigma del universo. No tengo, por lo tanto, rival entre los filósofos. Por último, no tengo rival entre los periodistas, porque, como vosotros sabéis, en esta bella profesión que es más bien un apostolado donde se aspira al martirio, la rivalidad está ausente y es incomprensible." *Nosotros*, año XIX, t. XLIX (1925), pp. 513-516.

8. "Un rayo de luz en la penumbra." *Homenaje a Enrique José Varona en el cincuentenario de su primer curso de filosofía*. La Habana, Publicaciones de la Secretaría de Educación. Dirección de Cultura, 1935, pp. 19-22.

9. "Una visita a Jorge Brandes en plena guerra europea." *Revista de las Indias*, época segunda, vol. 1, núm. 4, Bogotá, marzo, 1939, pp. 521-538. Vid., además, su conferencia sobre Brandes, leída en Buenos Aires en 1925 y recogida en *Indagaciones e imágenes*. Bogotá, Ediciones Colombia, 1926, pp. 153-178.

10. George Brandes. *Creative Spirits of the Nineteenth Century*. Translated by Rasmus B. Anderson. New York, Thomas Y. Crowell Co., 1923, pp. 205-206.

11. "De lo exótico" en *Divagaciones filológicas y apólogos literarios*. Manizales, Colombia, Casa editorial y talleres gráficos Arturo Zapata, 1934, pp. 217-233.

12. *Letras colombianas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1944, "Nota inicial", pp. 7-10. En ella asume Sanín Cano una posición intermedia entre Taine y Brandes, aunque el método seguido en la totalidad de la obra se aproxima más al del segundo.

13. "Ocaso de la crítica." *Revista de las Indias*, época segunda, núm. 6, mayo, 1939, pp. 193-201. Compárense las ideas expresadas en este ensayo con las sostenidas por Brandes en el prefacio de su ya citado *Creative Spirits*.

14. *El Tiempo*. Bogotá, domingo 20 de abril, 1947.

15. "Azares y perplejidades de la crítica." *El Tiempo*, septiembre 15, 1946.

16. "La doctrina Truman." *Revista de América*, núm. 29, Bogotá, mayo de 1947, pp. 145-151.

